

rificarla en presencia de los verdugos. Sois vencedores, dadnos la muerte.»

Pero el espíritu del hombre no es de tal índole que trate de simplificarlo todo así por la franqueza. El partido vencedor quiere convencer y miente; un resto de esperanza induce al vencido á defenderse, y miente también; y vemos en las discordias civiles esos vergonzosos procedimientos, en los que el más fuerte escucha para no creer, ó el más débil habla para no persuadir, pidiendo la vida sin obtenerla. Después de pronunciada la sentencia, después de haberse perdido toda esperanza, es cuando se manifiesta la dignidad humana, y á la vista del hierro reaparece toda entera.

Los girondinos revolviéron, pues, defenderse, y para esto necesitaron valerse de las concesiones y reticencias. Se quiso probar sus crímenes, y para convencerles, enviósse al tribunal revolucionario á todos sus enemigos, Pache, Hebert, Chaumette, Chabot y otros, tan falsos ó tan viles. La afluencia de público era considerable, porque constituía un espectáculo enteramente nuevo el que ofrecían tantos republicanos condenados por la causa de la república. Los acusados figuraban en número de veintiuno, todos en la flor de la edad, en la fuerza del talento, y aun algunos en la lozanía de la juventud y de la belleza: la sola declaración de sus nombres y de su edad bastaba para conmover.

Brissot, Gardiën y Lasource tenían treinta y nueve años; Vergniaud, Gensonné y Lehardy, treinta y cinco; Mainvielle y Ducós, veintiocho; Boyer-Fonfrede y Duchatel, veintisiete; Duperret, cuarenta y seis; Carra, cincuenta; Valazé y Lacaze, cuarenta y dos; Duprat, treinta y tres; Sillery, cincuenta y siete; Fauchet, cuarenta y nueve; Lestep-Beauvais, cuarenta y tres; Boileau, cuarenta y uno; Antiboul, cuarenta; y Vigée, treinta y seis.

Gensonné estaba sereno y frío; Valazé, indignado y desdeñoso; Vergniaud, más alterado que de costumbre; el joven Ducós, alegre; y Fonfrede, á quien se perdonó el día 2 de junio por no haber votado en favor de los arrestos de la comisión de los doce, y que por sus instancias reiteradas en favor de sus amigos había merecido después compartir su suerte, parecía renunciar fácilmente por tan buena causa á su gran fortuna, á su joven esposa y á su vida.

Amar había redactado el acta de acusación en nombre del comité de seguridad general, y Pache fué el primer testigo á quien se escuchó. Cauteloso y prudente, como siempre lo era, dijo que había observado hacía largo tiempo una facción contraria á la revolución; mas no expuso ningún hecho que probara un complot premeditado; sólo dijo que cuando la Convención estaba amenazada por Dumouriez, se dirigió al comité de Hacienda para obtener fondos y abastecer á París, y que el comité se los rehusó; añadió que había sido maltratado en el comité de seguridad general, y que Guadet le había amenazado con pedir el arresto de las autoridades municipales. Chaumette refirió todas las luchas del Ayuntamiento con la derecha, tal como se habían sabido por los periódicos, sin añadir más que un hecho particular, y era que Brissot había obtenido que se nombrase á Santonax comisario en las colonias; siendo por lo tanto Brissot el autor de todos los males del Nuevo Mundo. El miserable Hebert recordó su arresto por la comisión de los doce, y dijo que Roland corrompía á todos los

escritores, porque madama Roland había querido comprar su diario el *Padre Duchesne*. Destournelles, ministro de Justicia y en otro tiempo empleado en el Ayuntamiento, depuso de una manera igualmente vaga, repitiendo lo que ya se sabía, es decir, que los acusados habían perseguido á la municipalidad y protestado contra las matanzas, queriendo instituir una guardia departamental, etc., etc. El testigo más prolijo, el más encarnizado en su deposición, que duró varias horas, fué el ex capuchino Chabot, alma fogosa, débil y vil. Chabot había sido tratado siempre por los girondinos como un hombre extravagante, y no les perdonaba sus desdenes; estaba orgulloso de haber querido el 10 de agosto contra su parecer; pretendía que si hubieran consentido en enviarle á las cárceles, habría salvado á los prisioneros como salvó á los suizos; deseaba, pues, vengarse de los girondinos, y sobre todo recobrar, al calumniarles, una popularidad que comenzaba á perder en los jacobinos, por suponerse que tomaba parte en el agiotaje. Imaginó una larga y maligna acusación, en la que presentaba á los girondinos tratando primero de apoderarse del ministro Narbonne, ocupando tres ministerios después de haberle expulsado, promoviendo el 20 de junio para reanimar á sus hechuras, oponiéndose al 10 de agosto porque no querían la república, siguiendo siempre un plan calculado y ambicioso; y lo que era más atroz que todo, tolerando las matanzas de septiembre y el robo del guardamuebles para perder la reputación de los patriotas. «Si hubieran querido, decía Chabot, yo habría salvado á los prisioneros; Petión señaló los sacrificados, y Brissot no quiso que los detuvieran, porque en las prisiones se hallaba uno de sus enemigos, Morande.»

¡Tales son los seres viles que se encarnizan contra los hombres de bien cuando el poder les da la señal! Tan pronto como los jefes han lanzado la primera piedra, todo lo que vive en el fango sube y ahoga á la víctima. Fabre d'Eglantine, que había llegado á ser sospechoso como Chabot, á causa del agiotaje, necesitaba popularizarse también, é hizo una deposición más comedida, aunque más páfida, en la cual insinuó que la intención que había presidido al permitir las matanzas y el robo del guardamuebles pudo entrar muy bien en la política de los girondinos. Vergniaud, no pudiendo resistir más, exclamó indignado: «No me creo en la obligación de justificarme de complicidad con ladrones y asesinos.»

Sin embargo, no resultaba ningún cargo preciso contra los acusados; imputábanles sólo opiniones públicamente sostenidas, y contestaban que estas opiniones pudieron ser erróneas y que tuvieron el derecho de equivocarse. Se les objetó que no eran sus doctrinas el resultado de un error involuntario, y por lo tanto indispensable, sino de un complot tramado en casa de Roland y de Valazé, á lo cual replicaron que estas mismas doctrinas demostraban tan poco acuerdo entre ellos, que no habían estado conformes en todos los puntos. El uno decía: «Yo no he votado el llamamiento al pueblo;» el otro: «Yo no he votado por la guardia departamental;» y un tercero: «Yo no he sido del parecer de la comisión de los doce, yo no opiné por el arresto de Hebert y de Chaumette.» Todo esto era verdad; pero la defensa no era ya común á todos los inculcados; parecían abandonarse casi unos á otros, y hubiérase dicho

que cada cual condenaba la medida en que no interveno. El acusado Boileau quiso justificarse hasta el punto de incurrir en la más extremada debilidad, y aun se cubrió de baldón; confesó que había existido una conspiración contra la unidad y la indivisibilidad de la república; que estaba convencido de ello entonces, y lo declaraba en justicia; que no podía designar á los culpables, pero que deseaba su castigo, declarándose francamente montañés. Gardiën tuvo la debilidad, de desentenderse completamente de la comisión de los doce. Sin embargo, Gensonné, Brissot, Vergniaud, y sobre todo Valazé, corrigieron el mal efecto de la conducta de sus dos colegas. Alegaron, sí, que no habían pensado siempre del mismo modo, y que por lo tanto no se habían puesto de acuerdo en sus opiniones; pero no negaron ni su amistad ni sus doctrinas. Valazé confesó francamente las reuniones en su casa, sosteniendo que tenían derecho para celebrarlas, á fin de ilustrarse en sus ideas, como todos los demás ciudadanos. Cuando se les objetó, por último, su connivencia con los fugitivos, la negaron. Entonces exclamó Hebert: «¡Los acusados niegan la conspiración! Cuando el senado de Roma hubo de pronunciar sobre la de Catilina, si hubiese preguntado á cada conjurado contentándose con una negativa, todos hubieran eludido el suplicio que les esperaba; pero las reuniones en casa de Catilina, la fuga de éste, y las armas halladas en casa de Lecca, eran pruebas materiales y bastaron para determinar el juicio del senado.»

—«¡Pues bien!, repuso Brissot; acepto la comparación que se ha hecho de nosotros con Catilina. Cicerón le dijo: «Se han encontrado armas en tu casa; los embajadores de los Allobrogos te acusan; las firmas de Léntulo, de Cetego y de Statilio, tus cómplices, prueban tus infames proyectos.» Aquí nos acusa el senado, es verdad; pero ¿han hallado armas en nuestra casa? ¿Nos presentan firmas?»

Desgraciadamente se habían descubierto algunos escritos redactados por Vergniaud en Burdeos, que respiraban la más viva indignación; habíase hallado también una carta de un primo del acusado Lacaze, en que se anunciaban los preparativos de la insurrección; é interceptóse, por último, una carta de Duperret á madama Roland, en la que decía éste que había recibido noticias de Buzot y de Barbaroux, y que se disponían á castigar los atentados cometidos en París.

Interpelado Vergniaud, contestó: «Si os recordase los motivos que me impulsaron á escribir, tal vez os parecería más digno de compasión que de vituperio. He debido creer, á juzgar por los complots del 10 de marzo, que el proyecto de asesinarlos se enlazaba con el de disolver la representación nacional. Marat lo escribió así el 11 de marzo, y las peticiones hechas después contra nosotros con tanto encarnizamiento me confirmaron en esta opinión. En esta circunstancia fué cuando, sintiendo mi alma agobiada por el dolor, escribí á mis conciudadanos que me hallaba amenazado por el puñal. He reclamado contra la tiranía de Marat, único nombre que cité; respeto la opinión del pueblo sobre Marat; pero al fin, éste era mi tirano...» Al oír estas palabras se levanta un jurado y dice: «Vergniaud se queja de haber sido perseguido por Marat; yo observo que Marat ha muerto asesinado, y que Vergniaud se halla todavía aquí.»

Esta necia observación es aplaudida por una parte de los espectadores, y toda la franqueza, toda la razón de Vergniaud, quedan sin efecto ante aquella ciega multitud.

Sin embargo, Vergniaud había conseguido que se le escuchase, y al hablar de la conducta de sus amigos, de su fidelidad y de sus sacrificios por la república, halló toda su elocuencia. Todo el auditorio se conmovió, y ya no pareció irrevocable aquella condena, por más que estuviese prescrita.

Los debates habían durado varios días, é indignados los jacobinos de la lentitud del tribunal, elevaron una nueva petición á la Convención para acelerar los procedimientos. Robespierre hizo expedir un decreto por el cual quedaban autorizados los jueces para declararse suficientemente instruidos después de tres días de discusión, y á dictar sentencia sin escuchar nada más; y para que el título correspondiese al objeto, hizo resolver que el nombre de tribunal extraordinario se cambiara por el de TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

Expedido este decreto, los jurados no se atrevieron á ponerle en práctica acto continuo, declarando que no estaban suficientemente instruidos; pero al día siguiente usaron de su nuevo poder para abreviar los debates, y pidieron su conclusión. Los acusados, perdida toda esperanza, estaban resueltos á morir noblemente, y se presentaron en la última sesión del tribunal con semblante sereno. Mientras los registraban á la puerta de la Conserjería para quitarles las armas mortíferas con que podían atentar á su existencia, Valazé, dando un par de tijeras á su amigo Riouffe, le dice en presencia de los gendarmes: «¡Toma, amigo mío, he ahí un arma prohibida; es preciso no atentar contra nuestra existencia!»

El 30 de octubre, á media noche, entran los jurados para pronunciar la sentencia. Antonelle, su presidente, tenía el semblante demudado; y al oír Camilo Desmoulins la sentencia, exclama: «¡Ah!, ¡yo soy quien los pierde con mi Brissot sin máscara! (1). Me marchó.» Y al decir esto, sale desesperado. Los acusados vuelven á entrar, y al oír pronunciar la fatal palabra de muerte, Brissot deja caer los brazos, é inclina súbitamente la cabeza sobre el pecho; Gensonné quiere decir algunas palabras sobre la aplicación de la ley, mas no consigue hacerse escuchar; y Sillery, soltando sus muletas, exclama: *Este es el más hermoso día de mi vida*. Habíanse concebido algunas esperanzas respecto á los dos jóvenes hermanos Ducós y Fronfrede, que parecieron menos comprometidos, y que se habían agregado á los girondinos menos por conformidad de opinión que por la admiración que les inspiraban su carácter y talento; pero fueron condenados como los otros. Fonfrede abraza á Ducós exclamando: «¡Hermano mío, yo soy quien te da la muerte!—Consuélate, contesta Ducós, moriremos juntos.» El abate Fauchet, con los ojos bajos, parece implorar al cielo; Carra conserva su aire de dureza; Vergniaud ofrece un aspecto desdeñoso y altivo; Lasource pronuncia estas palabras de un antiguo: «Muerdo el día en que el pueblo ha perdido la razón; vosotros moriréis el día en que la recobre.» El débil Boileau y el tímido Gardiën no son perdonados tampoco; y el primero, tirando su sombrero al aire exclama: «Soy inocente»

(1) Título de un folleto que había escrito contra los girondinos.

te.—Somos inocentes, repiten todos los acusados, ¡pueblo, te engañan!» Varios de ellos cometen la falta de arrojar algunos asignados, como para invitar á la multitud á volar en su socorro; pero todos permanecen inmóviles. Los gendarmes les rodean entonces para conducirlos á su calabozo; pero de repente, uno de los condenados cae á sus pies; levántanle bañado en su sangre, y ven que era Valazé, que al dar las tijeras á Riouffe, había conservado un puñal y acababa de clavarle. El tribunal decide en el acto que su cadáver sea conducido en una carreta, detrás de los condenados; al salir del tribunal, éstos entonan á la vez, por un movimiento espontáneo, el himno de los marseleses:

Contre nous de la tyrannie
L'étandard sanglant est levé!

La última noche fué sublime. Vergniaud tenía veneno y arrojólo para morir con sus amigos; cenaron juntos por última vez y mostrábase sucesivamente alegres, graves y elocuentes. Brissot y Gensonné estaban taciturnos; Vergniaud habló de la libertad expirante con los más nobles sentimientos, y del destino humano con una elocuencia arrebatadora; Ducós recitó versos compuestos en su prisión y todos juntos entonaron himnos á Francia y á la libertad.

Al día siguiente, 31 de octubre, agolpábase en la carrera un gentío inmenso. Al dirigirse al cadalso, repetían aquel himno de los marseleses que entonaban nuestros soldados al marchar contra el enemigo; y llegados á la plaza de la Revolución, bajaron de sus carretas y abrazáronse gritando: «¡Viva la República!» Sillery subió el primero al cadalso, y después de saludar al pueblo, en el cual respetaba todavía á la humanidad débil y engañada, recibió el golpe fatal; todos imitaron á Sillery, muriendo con la misma dignidad. En el espacio de treinta y un minutos, el verdugo cortó aquellas ilustres cabezas, destruyendo así en pocos instantes juventud, belleza, virtudes y talento.

Tal fué el fin de aquellos nobles y valerosos ciudadanos, víctimas de su generosa utopía. No comprendiendo la humanidad ni sus vicios, ni los medios de conducirla en una revolución, indignáronse de que no quisiera ser mejor, y se hicieron devorar por ella, obstinándose en contrariarla. ¡Respetemos su memoria! Jamás brillaron en las guerras civiles tantas virtudes y talentos; y, preciso es decirlo en honor suyo, si no comprendieron la necesidad de los medios violentos para salvar la causa de Francia, los más de sus adversarios los prefirieron, más bien por pasión que por sabiduría. Sólo hubiera sido superior á ellos el montañés que se hubiese decidido á adoptar los medios revolucionarios únicamente por política y no por la pasión del odio.

Apenas hubieron expirado los girondinos, inmoláronse otras víctimas, y la cuchilla no descansó un instante. El 2 de noviembre fué ejecutada la infeliz Olimpia de Gouges, por supuestos escritos contrarrevolucionarios, y también Adam Luxe, diputado por Mayence, acusado del mismo delito. El 6 de noviembre, el desventurado duque de Orleans, conducido desde Marsella á París, compareció ante el tribunal revolucionario, y se le condenó por las sospechas que infundía á todos los partidos. Aborrecido por los emigrados y sospechoso para los girondinos y jacobinos, no inspiraba ninguno de esos

sentimientos que consuelan en una muerte injusta; más enemigo de la corte que entusiasta por la república, no experimentaba esa convicción que sostiene en el momento supremo, y fué de todas las víctimas la que halló menos compensación y la más digna de lástima. Un disgusto de todo y un escepticismo absoluto fueron sus últimos sentimientos, y marchó al cadalso con una calma y una indiferencia extraordinarias; al pasar por la calle de San Honorato, fijó en su palacio una mirada desdeñosa, y no se desmintió en un solo instante su hastío de los hombres y de la vida. Su ayudante de campo, Coustard, diputado como él, sufrió igual suerte. Dos días después, la interesante é intrépida esposa de Roland le siguió al cadalso.

Esta mujer, reuniendo á las gracias de una francesa el heroísmo de una romana, llevaba en su alma todos los pesares: respetaba y amaba á su esposo como á un padre; inspirábale uno de los girondinos desterrados una pasión profunda que siempre había contenido; dejaba una hija joven y huérfana confiada en manos amigas; y temblando por tantos seres tan caros, creía para siempre perdida aquella causa de la libertad, de que era tan entusiasta y por la cual había hecho tantos sacrificios. Así, pues, sufría en todos sus afectos á la vez: condenada por causa de complicidad con los girondinos, escuchó su sentencia con una especie de entusiasmo; pareció inspirada desde el momento de su condena hasta el de su ejecución, y excitó en cuantos la vieron una especie de admiración religiosa. Fué al patíbulo vestida de blanco; durante todo el camino reanimó las fuerzas de un compañero de infortunio que debía morir con ella y que no tenía el mismo valor, y hasta consiguió dos veces arrancarle una sonrisa.

Llegada al lugar del suplicio, inclinóse ante la estatua de la libertad, exclamando: ¡Oh libertad!, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Después sufrió la muerte con un valor admirable (10 de noviembre). Así pereció aquella mujer, tan bella como valerosa, que merecía compartir el destino de sus amigos, pero que si hubiera sido más modesta y sumisa á la educación pasiva de su sexo, habría evitado, no la muerte que por su talento y virtudes mereció, sino que recayesen en su esposo y en ella misma calumnias ridículas.

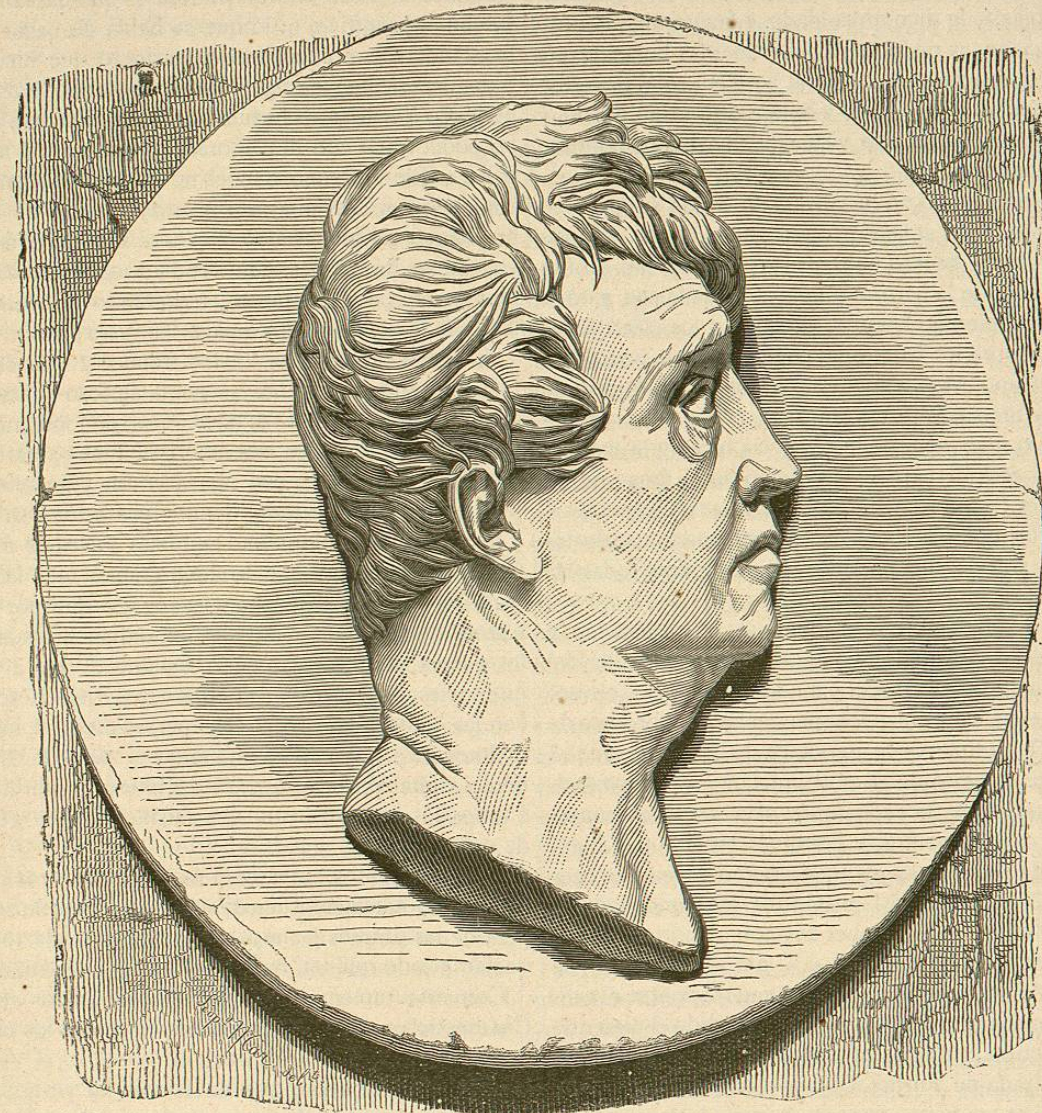
Su esposo se había refugiado por la parte de Ruán: al saber el fin trágico de madama Roland, no quiso sobrevivirla: abandonó la casa hospitalaria donde había recibido un asilo, y para no comprometer á ningún amigo, fué á darse la muerte en medio de la carretera. Halláronle con el corazón atravesado por una espada, y tendido al pie del árbol contra el cual apoyó el arma mortífera. En un bolsillo se le encontró un escrito sobre su vida y su conducta en el ministerio.

Vemos, pues, que en aquel espantoso delirio en que se hacían sospechosos el genio, la virtud y el valor, todo cuanto había de más noble y generoso en Francia perecía por el suicidio ó por el hierro de los verdugos.

Entre tantas ejecuciones de personas ilustres y valerosas, hubo sobre todo una más lamentable y sublime que todas las demás, y fué la de Bailly. Ya se ha podido comprender, por la manera con que se le trató en el proceso de la reina, cómo sería acogido en el tribunal revolucionario. La escena del Campo de Marte, la publicación de la ley marcial, y el tiroteo que se siguió,

eran los acontecimientos que con más frecuencia y más amargura se echaban en cara al partido constituyente. En Bailly, amigo de Lafayette, en el magistrado que mandó desplegar la bandera roja, se querían castigar todos los pretendidos crímenes de la Constituyente. Fué

Marte, agitaban ante sus ojos la bandera roja, hallada en el corregimiento, en una caja de caoba. Llegado al pie del patíbulo, parecía tocar el término de su martirio; pero uno de los furiosos, empeñado en perseguirle, comienza á gritar que el campo de la confederación no



Rouget de l'Isle

condenado, y debía ser ejecutado en el Campo de Marte, teatro de lo que llamaban su crimen, habiéndose efectuado el suplicio el 11 de noviembre, con un día frío y lluvioso. Conducido á pie, y en medio de los ultrajes de un populacho bárbaro, al que alimentó mientras fué corregidor, mantúvose tranquilo y sereno. Durante el trayecto desde la Conserjería al Campo de

debe mancharse con su sangre. Entonces se precipitan sobre la guillotina, para trasladarla, con la misma actividad con que en otro tiempo se trabajó en el campo de la confederación, y elévanla al fin en la orilla del Sena, en un montón de basuras frente al barrio de Chaillet, donde Bailly había pasado su vida y compuesto sus obras. Esta operación dura algunas horas, y entretanto

se obliga al acusado á recorrer el Campo de Marte, con la cabeza desnuda y las manos á la espalda; cuéstate trabajo andar; los unos le tiran barro á la cara, los otros le descargan palos ó puntapiés; agobiado al fin, cae en tierra, pero vuelven á levantarle; la lluvia y el frío han comunicado á sus miembros un temblor involuntario. «¡Tiemblas!», le dice un soldado. «Amigo mío, contesta el anciano, es de frío.» Al cabo de unas horas de este tormento, quemán á su vista la bandera roja; el verdugo se apodera al fin de él, y muere otro sabio ilustre, y uno de los hombres más virtuosos que hayan honrado nuestra patria.

El vil populacho no ha cambiado desde la época en que Tácito le vió aplaudir los crímenes de los emperadores. Siempre brusco en sus movimientos, tan pronto erige el altar de la patria como levanta cadalsos, y no es grande y noble sino cuando, impelido á los ejércitos, se precipita sobre los batallones enemigos. Que no impute el despotismo estos crímenes á la libertad, porque bajo la tiranía fué siempre tan culpable como bajo la república; pero invoquemos sin cesar las luces y la instrucción para esos bárbaros que pululan en el fango de las sociedades, y que se muestran siempre dispuestos á mancharlas con toda especie de crímenes, cuando les llaman á sí todos los poderes, y á deshonor todas las causas.

El 25 de noviembre se efectuó aún otra ejecución, y fué la del desventurado Manuel, que de procurador del Ayuntamiento había salido para diputado de la Convención, de cuyo cargo hizo renuncia cuando el proceso de Luis XVI, porque se le imputaba haber falsificado el escrutinio. Acusáronle en el tribunal de haber favorecido los asesinatos de septiembre para sublevar contra París los departamentos, y Fouquier-Tinville fué el encargado de forjar estas pérdidas calumnias, más atroces aún que la sentencia. El mismo día fué condenado el general Brunet, por no haber enviado al sitio de Tolón parte de su ejército de Niza; y al día siguiente, 26, se pronunció asimismo sentencia de muerte contra el vencedor Houchard, por no haber comprendido el plan que le presentaron, y por no haberse trasladado rápidamente á la calzada de Furnes, copando todo el ejército inglés: su falta era grave, pero no merecía la muerte.

Tales ejecuciones comenzaban á esparcir un terror general, haciendo formidable la autoridad. No sólo reinaba el espanto en las cárceles, en el salón del tribunal revolucionario y en la plaza de la Revolución, sino en todas partes, en los mercados y en las tiendas, donde acababa de ponerse en vigor el *máximum* y las leyes contra los logreros. Ya hemos visto que el descrédito de los asignados y la carestía de los géneros habían producido el decreto del *máximum*, con objeto de que hubiese proporción entre éstos y el numerario. Indecibles fueron los perjuicios que al principio causó este *máximum*, ocasionando el abandono de una porción de tiendas: con establecer un arancel para los artículos de primera necesidad, sólo se había conseguido envilecerle en manos de los que vendían al por menor, de las cuales pasaban inmediatamente las mercancías á las del consumidor; pero el revendedor que había comprado por mayor ó en casa del fabricante antes del *máximum*, y á un precio mucho más alto que el del nuevo arancel, experimentaba grandes pérdidas y se quejaba amarga-

mente. No eran éstas menores para él aunque hubiese hecho sus compras después del *máximum*, pues en el arancel de artículos de primera necesidad no se comprendían sino los ya elaborados y en disposición de consumirse, porque hasta que llegaban á este estado no se les fijaba el precio, no diciéndose el que habían de tener en el primitivo, ni lo que se había de pagar al que lo elaborase, ni al arriero ó marinero que hiciese su transporte; y por consiguiente el revendedor que estaba obligado á vender al consumidor según el arancel, y que no podía tratar con el elaborador, fabricante ó almacenista, según el mismo arancel, no podía continuar en un comercio tan desventajoso. La mayor parte de los comerciantes cerraban sus tiendas ó se substraían á la ley, valiéndose de fraudes, y no vendían según el *máximum* más que lo peor que tenían, reservando lo bueno para los que de oculto querían pagar su justo precio.

El pueblo, que conocía estos fraudes y veía cerrarse una multitud de tiendas, se ponía furioso y acudía al Ayuntamiento con sus reclamaciones, pretendiendo que se obligase á todos los mercaderes á tener abiertas sus tiendas, continuando por fuerza en su comercio. Propenso á quejarse de todo, denunciaba á los carniceros y tocineros, que compraban animales enfermos ó muertos de accidentes, y que no desangraban bien la carne para que pesase más; á los panaderos, que por suministrar á los ricos la mejor harina daban la mala para los pobres, no dejando cocer bastante el pan á fin de que tuviese más peso; á los taberneros, que mezclaban con las bebidas las drogas más perjudiciales; á los vendedores de sal, que para aumentar el peso de este artículo, alteraban su calidad; á los tenderos, y, por último, á todos los revendedores, que falsificaban los géneros de mil maneras.

De estos abusos, unos eran muy añejos, otros provenían de las actuales circunstancias; pero cuando se apodera de los ánimos la impaciencia del mal, de todo se quejan y todo quieren que se reforme y se castigue.

Con este motivo pronunció el procurador general Chaumette un discurso muy enérgico contra los mercaderes.

«Recuérdese, decía, que en el año 89 y siguientes todos estos hombres hicieron un gran comercio; pero ¿con quién?, con el extranjero. Sabido es que ellos son los que han desacreditado los asignados, y que con el agiotaje del papel moneda se han enriquecido. ¿Qué han hecho después que redondearon su fortuna? Se han retirado del comercio y han amenazado al pueblo con la escasez de géneros; pero si ellos tienen dinero y asignados, la república tiene otra cosa más preciosa: tiene brazos; brazos y no dinero es lo que se necesita para dar impulso á las fábricas y manufacturas. Ahora bien; si estos individuos abandonan las fábricas, la república se apoderará de ellas y requisará todas las materias primeras. Sepan, pues, que de la república depende el reducir cuando le acomode á polvo y cenizas el oro y los asignados que tienen en su poder. Es preciso que el gigante del pueblo huelle á los especuladores mercantiles.

»Nosotros sentimos los males del pueblo porque formamos parte de él, como que todo el consejo está compuesto de descamisados, y él es el pueblo legislador. Poco nos importa que caigan nuestras cabezas con tal que la posteridad se digne recoger nuestros cráneos...

No invocaré el Evangelio, sino á Platón: el que con hierro mata, dice este filósofo, perecerá con hierro; el que con veneno, con veneno morirá; el hambre consumirá á aquel que quiera hacer morir de hambre al pueblo... Si llegan á faltar las subsistencias y los géneros, ¿á quién recurrirá el pueblo? ¿A las autoridades constituidas?, no... ¿A la Convención?, no... Acudirá á los proveedores y almacenistas. Rousseau también era pueblo, y decía: «cuando el pueblo no tenga que comer, devorará al rico.» (Sesión del Ayuntamiento de 14 de octubre.)

Los medios violentos producen siempre medios violentos, como ya lo hemos demostrado en otro lugar. En las primeras leyes se había tenido en cuenta el género elaborado, y ahora es preciso pasar á las primeras materias: la idea de apoderarse de éstas para elaborarlas por cuenta de la república, hacía tiempo que bullía en todos los cerebros. Terrible obligación es la de violentar la naturaleza y querer regularizar todos sus movimientos, pues pronto se ve uno obligado á tener que suplir á la espontaneidad en todo, substituyendo la misma vida con los mandatos de la ley. El Ayuntamiento y la Convención se vieron obligados á adoptar nuevas medidas, cada uno según su carácter.

El Ayuntamiento de París obligó á cada mercader á declarar la cantidad de género que tenía, los pedidos hechos y la época en que esperaba que llegasen. Todo mercader que hiciese un año que tenía establecido comercio, y lo abandonaba ó dejaba ir á menos, quedaba declarado sospechoso, y como tal se procedía á su prisión. Para impedir la confusión y trastorno que produciría la prisa en hacer provisiones, decidió además el Ayuntamiento que el consumidor no podría comprar sino al revendedor, y el revendedor al almacenista, fijando las cantidades que podría exigir cada uno. El tendero no podía, pues, exigir al almacenista más de veinticinco libras de azúcar á la vez, y el botillero doce; cuyos bonos de compra los daban las juntas revolucionarias, y fijaban las cantidades. Pero no se limitaron á esto los reglamentos del municipio, pues viendo que no disminuía la afluencia de gente á las puertas de los panaderos, ocasionando ruidosas escenas, como que muchos pasaban esperando la mayor parte de las noches, Chaumette dispuso que la distribución empezase por los últimos que llegaran, lo cual no disminuyó ciertamente el tumulto ni la inquietud. Como que el pueblo se quejaba de que le guardaban la peor harina, se determinó que en la ciudad de París no se amasase más que una clase de pan, compuesto de tres cuartas partes de trigo y una de centeno; creando, finalmente, una comisión de inspección de subsistencias para examinar el estado de los géneros, descubrir los fraudes y castigarlos. Estas providencias, imitadas por los demás ayuntamientos, ó aun elevadas frecuentemente á decretos, se convertían en leyes generales; y así es, según ya hemos dicho, que el Ayuntamiento de París ejercía un gran influjo sobre todo lo que concernía al régimen interior y á la policía.

Siendo muchas las instancias que se dirigían á la Convención para que reformara la ley del *máximum*, inventó otra nueva que remontase desde el género á la primera materia, y consistió en formar un estado del precio que tenían las mercancías en 1790, en el punto

mismo de la producción, á cuyo precio se añadía: primero, una tercera parte por causa de las circunstancias; segundo, un precio fijo para el transporte desde el punto mismo de producción al del consumo, y, finalmente, una suma de cinco por ciento á favor del almacenista, y de diez al del revendedor; de todos estos elementos debía formarse en lo sucesivo el precio de los artículos de primera necesidad. Este trabajo se encargaba á las administraciones locales, cada una según lo que se producía y consumía en ella, ofreciendo una indemnización á todo revendedor que, teniendo menos de diez mil francos de capital, probase que había perdido esta suma por el *máximum*. Los ayuntamientos debían juzgar estos casos á la simple vista, como de todo se juzgaba entonces, y como se juzga en tiempo de dictadura. De este modo la ley, sin remontarse aún á la producción, á la materia informe, ni á las hechuras, fijaba el precio de los géneros al salir de la fábrica, el de los transportes, la ganancia del comerciante y revendedor, reemplazando por lo menos en la mitad de la obra social la movilidad de la naturaleza con reglas absolutas. Pero repetimos que todo esto provenía irremisiblemente del primer *máximum*, éste de los asignados, y éstos de las imperiosas necesidades de la revolución.

Para atender á este sistema de gobierno introducido en el comercio, se nombró una comisión de subsistencias y provisiones, cuya autoridad se extendía á toda la república, hallándose compuesta de tres individuos elegidos por la Convención que gozaban del carácter de los mismos ministros con voto en el consejo. Esta comisión estaba encargada de llevar á efecto los aranceles, examinar la conducta de los ayuntamientos en esta parte, los estados de los abastos y géneros en toda la Francia, mandar que el remanente de un departamento pasase á otro, y fijar las requisiciones para los ejércitos, conforme al célebre decreto que instituyó el gobierno republicano.

La situación de la hacienda no era menos extraordinaria que todo lo demás. Los dos empréstitos, el forzoso y el voluntario, se cobraban con rapidez, apresurándose especialmente á contribuir al segundo, porque las ventajitas que ofrecía le hacían preferible; y así se acercaba el momento en que iban á retirarse de la circulación mil millones de asignados. Había en caja para las necesidades ordinarias cerca de cuatrocientos millones, que quedaban de las antiguas creaciones, y quinientos millones de asignados reales, recogidos por el decreto que los privaba de la representación de moneda, y convertidos en una suma igual de asignados republicanos. Quedaban, pues, para el servicio cerca de novecientos millones.

Lo que parecerá todavía más extraordinario es que el asignado, que perdía tres cuartos y aun cuatro quintos, se había puesto á la par con el dinero; pero en esta subida había causas reales y supuestas. La supresión gradual de mil millones en circulación, el éxito del primer alistamiento, que acababa de dar seiscientos mil hombres en un mes, y las últimas victorias de la república, que casi consolidaban su existencia, habían acelerado la venta de los bienes nacionales, dando algún crédito á los asignados, pero no el necesario para que se nivelasen con el dinero: estas son las causas que, al parecer, les pusieron á la par con el numerario. Recuérd-